

Pedagogías especulares: el (per)verso deseo en *Grita que nadie te escucha*

Francisco García Mendoza. *Grita que nadie te escucha*.

Santiago: Editorial Santiago-Ander, 2020

LETICIA CONTRERAS CANDIA

Universidad de Santiago de Chile

leticia.contreras@usach.cl

“Mi cuerpo no existe, es un mar de lágrimas”

“Eso, perra. Gime. Grita, que nadie te escucha”

(García Mendoza 69)

Festejo de manera efusiva, la publicación de este libro de relatos. Comulgo, tal vez utópicamente, en que resulta imperativo la circulación y revalorización de los libros de cuentos, los cuales estimulan cierto gesto ético de fisura sobre las amplias exigencias del mercado que apuestan todo por la novela. Coincido, además, con Borges en que la novela disemina las posibilidades del sobreentendido, y que el relato breve hace comparecer con decidido ahínco la presencia de un interlocutor que recupera, aunque sea parcialmente, ecos de una oralidad perdida. Con el propósito de ilustrar gráficamente este fenómeno, me permito mencionar el caso de la destacada escritora argentina Samanta Schweblin, quien comenzó su sobresaliente trayectoria literaria con la edición de *El núcleo del disturbio* (2002) y *Pájaros en la boca* (2009), ambos volúmenes de cuentos. Sin embargo, rápidamente por presiones del circuito editorial apareció su primera novela,

Distancia de rescate, el año 2014. Por ese motivo, me regocijo en el movimiento inverso ejecutado por Francisco García Mendoza, que después de sus dos primeras novelas, *Morir de amor* (2012) y *A ti siempre te gustaron las niñas* (2016), se permite obsequiarnos los nueve relatos y un epílogo que componen su nueva entrega titulada *Grita que nadie te escucha* (2020).

Respecto al colofón titulado “Detrás de los cuentos: entre el plagio y el homenaje”, su operatividad excede el paratexto e incluso, aunque se devela el génesis de varios relatos a través de los diferentes talleres literarios a los que asistió el autor –el dictado por Juan Pablo Sutherland, Andrea Jeftanovic y Pablo Azocar–, mantiene de alguna forma incólume la autonomía de los relatos que componen *Grita que nadie te escucha*, pero verifica una clave de lectura que perfilará varias de las narraciones. Nos referimos a la voz de la niñez y sus tensiones con los personajes adultos, así es declarado por el joven escritor: “A lo más, ahora que escribo este epílogo, me doy cuenta de que instaló en mi escritura cierta obsesión con los personajes infantiles que enfrentan situaciones que no debiesen” (100).

Al recorrer el itinerario de lectura trazado a través de los nueve cuentos, advertí la puesta en marcha de una rigurosa y microscópica máquina narrativa, donde se despliegan diferentes sistemas de causalidad que sólo alcanzan sentido en la medida en que sus lectores(as) van suplementando los intersticios elaborados en la trama de cada título. Cada uno de los cuentos, a excepción de “¿Hacia dónde huyen las ratas?”, es narrado de un modo elíptico y fragmentario, situación que organiza la atmósfera enigmática y siniestra donde se desplazan los personajes, quienes interpelan la silueta inestable de un o una oyente, perdido o perdida; ubicado(a) fuera de lugar pese a la fijeza de la escritura. Toda la fuerza poética de las imágenes elaboradas por el autor se encapsula en los alcances transgresores del contenido y la forma ahí expuesta. Podríamos señalar que en este volumen de cuentos no hay grandes resoluciones, sino modos elusivos de concluir la unidad de acción; todo es sobrentendido, no dicho y en un lenguaje articulado intelectivamente.

Sí, tal como sentenciaron Constanza Anabalón y Patricia Espinosa, el abuso, específicamente el abuso sexual infantil, es uno de los ejes semánticos más fecundos que proyecta la materialidad discursiva de esta colección de relatos, baste como muestra los cuentos: “No, mamita, nunca más”, “Suicida de pies mojados” o el sádico e icónico “Grita que nadie te escucha”. No obstante, la modificación del estado sensible o perplejidad de los lectores(as) se funda en una recepción equivocada de los signos dispuestos estéticamente por Francisco García Mendoza, acontecimiento que nos enfrenta a las pedagogías especulares del (per)verso deseo. Escenificando la tensión entre la atracción y el horror, el resultado es un proceso de duplicación deformada del deseo, un desdoblamiento de identidades paralelas que in-corporan, retraducen y fusionan esta experiencia humana como algo simultáneamente (re)pulsivo y fragmentador. El mundo narrativo representado indaga en la delgada línea que supuestamente separa los ordenamientos simbólicos de las estructuras culturales dominantes y los recovecos más recónditos del deseo. Reflexiona literariamente en las causas, los alcances y la persistencia de los usos predatorios del cuerpo, ya que como sostenía Ricardo Piglia “el arte de narrar es el arte de la percepción errada y la distorsión” o como escribe el joven intelectual Miguel E. Morales “el potencial subversivo del arte [radica en que] sus representaciones expanden las imágenes de lo posible; recuperan lo proscrito por el lenguaje hegemónico”.

El aporte o contribución a la escena literaria local no descansa en la crudeza de las historias ni en poner en primer plano los abusos, sino en la confección de un ejercicio narrativo esmerado y preciso, en la construcción de una exquisita prosa poética, estilo escritural que considero comienza a perfilar el carácter particular de la producción literaria de Francisco García Mendoza, pese a su saludable deseo de dejar atrás cada uno de sus textos de la misma forma que pretende desvincularse progresivamente de sus ex. Creo que es nuestro Wes Anderson “chilensis”, el director de cine estadounidense no quiere repetirse en sus películas, no obstante, su estilo cinematográfico se distingue por desarrollar

una paleta de colores minuciosamente planificada y sus personajes son entrañables pero cargados de conflictos. Algo parecido le ocurre al autor del volumen de cuentos que hoy nos convoca, no quiere quedarse estancado, prefiere seguir adelante mirando hacia el próximo libro, mientras tanto, ya comenzamos a habituarnos a personajes infantiles insertos en estructuras familiares ominosas, desestabilizaciones de los roles parentales clásicos (mención aparte son las exposiciones del anverso siniestro del rol tradicional materno en cuentos como “La agonía de las plantas” e “Incendio en la cárcel”) y un realismo grotesco que se ve invadido por una serie de imágenes poéticas que, insisto, serán la tónica en la obra de Francisco. De este modo, tal como versa su primera novela, sólo me resta “morir de amor” por su narrativa.